

EL CONFLICTO ANGLO-ARGENTINO EN EL ATLANTICO SUR: BREVES COMENTARIOS SOBRE UNA BIBLIOGRAFIA SELECCIONADA

ROBERTO DURÁN S.
*Profesor del Instituto de Ciencia
Política de la Pontificia Universidad
Católica de Chile.*

Casi un año después de finalizado el conflicto bélico del Atlántico Sur, la cantidad de estudios y análisis relativos a las causas, efectos e implicancias que dicha crisis arrojó es bastante profusa. Muchos de éstos enfatizan el relato cronológico de los hechos, buscando un hilo conductor que no siempre implica un marco explicativo de cierta profundidad. Otros en cambio van más lejos, intentando estructurar un marco conceptual relativamente acabado, el cual debiera servir para encontrar una explicación coherente y sistemática de la génesis, desarrollo y término de la fugaz guerra anglo-argentina. En consecuencia, la primera distinción que se puede establecer en torno a la literatura posconflicto Falkland/Malvinas es que ésta varía en el grado de rigurosidad teórica, entendiendo por esto último los esfuerzos desplegados por algunos autores en orden a insertar el conflicto en el contexto político internacional contemporáneo, con las debidas limitaciones que ello supone. Una segunda distinción es de corte temático. En este caso los artículos publicados se perfilan claramente en dos perspectivas: por un lado se enfatiza el análisis estratégico, cuyo centro de interés es el enfrentamiento táctico entre las fuerzas y el uso de los distintos sistemas de armas que se opusieron. Nos limitaremos a exponer los efectos político-estratégicos que involucró la confrontación armada anglo-argentina, sin entrar en disquisiciones tecnológicas. En segundo término, un grupo selecto de autores focalizan su objeto de análisis en los efectos que la crisis provocó en las relaciones bilaterales y multilaterales en el sistema interamericano, así como sus eventuales proyecciones en la política mundial.

Los primeros artículos publicados en torno al conflicto fueron apareciendo pocos meses después de finalizadas las operaciones bélicas. Teniendo en cuenta que no había transcurrido mucho tiempo desde el momento más afiebrado de la crisis, el contenido de estas primeras publicaciones está muy sesgado por posiciones de apoyo o rechazo a las pretensiones de cada una de las partes en litigio. En la casi totalidad de estos artículos —de un nivel ligeramente superior al periodístico-informativo— se puede apreciar una argumentación tendiente a justificar o a fus-

tigar tal o cual acción o tal o cual procedimiento. Este sesgo es incluso verificable en las publicaciones de peso académico, especialmente en las que fueron editadas durante el segundo semestre de 1982.

El trabajo de Lawrence Freedman¹ es sin duda uno de los primeros esfuerzos serios por sistematizar el origen y las consecuencias del conflicto anglo-argentino, no obstante su clara inclinación probritánica. Para el autor, la crisis del Atlántico Sur se encuadra netamente en los cánones clásicos de la guerra con objetivo limitado; más aún, se trataría de la guerra más estrictamente convencional que haya tenido lugar desde la Segunda Guerra Mundial, al menos en relación al carácter de las operaciones militares. Esta apreciación coincide con aquella que en esos días difundieron extensamente los medios de comunicación británicos; sería conveniente comprobar si estas apreciaciones —más allá de haber sido confirmadas por los hechos— obedece a una sobrevaloración de la capacidad militar que desarrollaron las fuerzas británicas y, por ende, a un virtual desprecio por la capacidad de las fuerzas adversarias, o más bien se trata de una sutil combinación de ambos factores. Lo concreto es que para Lawrence Freedman resulta algo inusual y contradictorio el hecho que en un sistema internacional tan complejo e interdependiente ocurran fenómenos tan inesperados como el de la guerra del Atlántico Sur. Esta observación se fundamenta en evidencias históricas bastante recientes, ya que prácticamente todas las crisis acaecidas en la posguerra de 1939-1945 han ocurrido en un contexto que de una u otra forma se vincula con la evolución del sistema internacional de esos años. Todo el proceso de descolonización en el Tercer Mundo en los años 50 y 60, el enfrentamiento Este-Oeste, la crisis de Cuba, el conflicto Indochino y la guerra de Vietnam, la crisis coreana, etc., todas estas situaciones críticas se dan dentro de una dinámica que comprende tanto a la política mundial como a la política regional. Las crisis de Suez en 1956 o la de Bizetza años después —que dadas sus características podrían asimilarse a la del Atlántico Sur en 1982— se explican también dentro de un proceso político de descolonización que reformuló la estructura del sistema internacional hasta nuestros días. Indudablemente la crisis del Atlántico Sur escapa enteramente a este encuadre a no ser que éste sea el primer episodio violento de otros que se avecinan en la hasta ahora pacífica confrontación Norte-Sur, pero hasta el momento ello no es más que una mera probabilidad.

Lawrence Freedman hace referencia a la génesis histórica de la crisis y alude a uno de los temas que suscitó mayor polémica una vez que la ocupación militar de las islas por parte de Argentina fue una realidad. Esto es, las razones que llevaron a suponer al gobierno británico que precisamente una invasión argentina al archipiélago de las Falkland/Mal-

¹ Freedman, Lawrence. "The Ward of the Falkland Islands. 1982". *Foreign Affairs*, Fall 1982. pp. 196-210.

vinas era inconcebible. En rigor, el artículo de Freedman no profundiza en este tópico, pero quien lo hace es Gregory Copley,² en cuyo artículo se denotan algunos antecedentes relevantes. Siguiendo el razonamiento de los Servicios de Inteligencia británicos, una invasión argentina era escasamente concebible en términos reales. Según Copley, el gobierno británico subestimó las consecuencias de la profunda crisis económico-social que sufría Argentina en esos meses, fenómeno que determinó en gran medida la adopción de decisiones abruptas en el campo externo con el objeto de desviar la atención de la opinión pública. El mismo autor señala que para fines de 1981 y/o inicios de 1982, fuentes de inteligencia norteamericanas habrían notificado a los británicos sobre supuestos planes argentinos referentes a una captura por la fuerza del archipiélago Falkland/Malvinas.³ Según Freedman, en esos días el gabinete británico estaba más preocupado por el debate presupuestario de la Comunidad Económica Europea y de la crisis en el Cercano Oriente, por lo que una eventual invasión en las Falkland/Malvinas era un riesgo consciente y/o inconscientemente minimizado.⁴ En gran medida, los británicos fueron sorprendidos por lo que Michael Handel ha denominado el "síndrome del etnocentrismo",⁵ el cual consiste en atribuir al presunto adversario un comportamiento que no es otro que una proyección de la conducta propia. En este caso, la inteligencia británica proyectó para el alto mando y gobierno argentinos una determinada forma de analizar y evaluar la crisis, la cual no era en absoluto coincidente con las reales intenciones argentinas. Si el gobierno británico hubiese reaccionado con mayor vehemencia y rapidez frente al confuso incidente de los balleneros argentinos en las islas Georgias del Sur, probablemente el curso de la crisis habría sido otro.

Del mismo modo como la inteligencia británica minimizó la importancia de las intenciones del gobierno militar argentino, asimismo los Servicios de Inteligencia y la diplomacia argentinos subestimaron la eventualidad de una reacción del gobierno británico. A juicio de Copley, el gobierno y la Cancillería argentinos no consideraron ciertos comportamientos constantes y uniformes en la historia política británica, en especial la conocida cohesión del pueblo británico cuando sus intereses más vitales son afectados.⁶ En ese mismo sentido, Freedman agrega que debido a las circunstancias particularmente dramáticas en virtud de las cuales las islas fueron capturadas, ello desencadenó en Gran Bretaña una conmoción nacional que legitimó con creces la decisión gubernamental.

² Copley, Gregory. "The Falklands Ward: Update". *Defense and Foreign Affairs*, May 1982. pp. 6-7; 23-31.

³ Copley, G. Op. cit. pág. 6.

⁴ Freedman, L. op. cit. pág. 200.

⁵ Handel, Michael. "Perception, Deception and Surprise: the Case of the Yon Kippur Ward". *Jerusalem Papers on Peace Problems*, N° 19, Jerusalem, Hebrew University.

⁶ Copley, G. op. cit. pág. 7.

mental de enviar una fuerza expedicionaria destinada a recuperar las islas y salvar así el honor nacional.⁷

En las semanas previas al enfrentamiento bélico, transcurrió un período de inciertas y arduas negociaciones diplomáticas tendientes a impedir el desenlace violento que se preveía. Los buenos oficios del Secretario de Estado norteamericano no tuvieron el efecto deseado, en la medida en que la posición argentina se fue colocando cada vez más en posturas irreductibles. Según Freedman, no obstante las presiones y sanciones económicas inglesas y de la Comunidad Europea, éstas eran perfectamente resistibles por parte del gobierno argentino, toda vez que —a los ojos de la opinión pública argentina— la captura de las islas compensaba política y psicológicamente cualquier sacrificio en lo económico.⁸ Desde un punto de vista argentino, la acción desplegada por el Secretario de Estado norteamericano está condimentada de otros antecedentes que Carlos J. Moneta expone en un trabajo publicado en diciembre de 1982.⁹ Este autor coincide con Copley y Freedman respecto del error de apreciación que tuvo el gobierno argentino en la perspectiva de una eventual reacción británica. Moneta señala que en el seno del gobierno argentino no se supo advertir la drástica reacción del Reino Unido y afirma que ésta fue sin duda la mayor sorpresa de toda la crisis. Más adelante indica que la actitud norteamericana, una vez terminada su mediación, fue estimada como una decepción e incluso como una traición,¹⁰ sobre todo habida cuenta que el Pentágono y personeros del Departamento de Estado habrían estado informados —e incluso habrían avalado— el proyecto de invasión y ocupación del Archipiélago. En gran medida, el deterioro de las relaciones argentino-norteamericanas durante y después de la crisis obedece a que el errático comportamiento norteamericano no fue percibido positivamente por Argentina, e incluso, en los días previos a la confrontación armada, también mereció algunas reservas de parte del gobierno británico.

Paralelo a los esfuerzos del Secretario de Estado Norteamericano, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas desarrolló una persistente actividad encaminada a evitar la conflagración en el Atlántico Sur. Si bien las divergencias entre británicos y argentinos ya se habían expuesto con motivo de la interposición de los buenos oficios ofrecidos por los Estados Unidos, es en el seno de la Organización de las Naciones Unidas donde el debate alcanzó su mayor vehemencia. Al margen del hecho que esta organización haya sido o no capaz de impedir la guerra, el debate allí producido puso de manifiesto dos estilos de conducción

⁷ Freedman, L. op. cit. pág. 200.

⁸ Ibid. pág. 201.

⁹ Moneta, Carlos J. "El Conflicto de las Islas Malvinas; su papel en la Política Exterior Argentina y en el Contexto Mundial". *Estudios Internacionales*, N° 60, Octubre-Diciembre de 1982. pp. 361-409.

¹⁰ Moneta, Carlos J. op. cit. pp. 376-377.

diplomática absolutamente contrapuestos. Según Moneta, la forma en que la Cancillería argentina manejó la crisis en el ámbito multilateral constituye uno de los mayores errores en que incurrió el gobierno militar. "Se evaluó en la Cancillería y en los Estados Mayores que la Unión Soviética y/o China Popular vetarían el Proyecto de Resolución, inglés. También se esperaba que países africanos como Togo, Uganda y Zaire iban a expresarse en favor de Argentina, contándose con el apoyo de Panamá y la oposición de Guyana (en virtud de su conflicto con Venezuela)".¹¹ Más adelante agrega que la "casi obsesiva afirmación de su alineación con el bloque 'occidental y cristiano' realizada en forma regular durante todo el período de gobierno del 'Proceso de Reorganización Nacional' no contribuyó precisamente a convocar las simpatías de Africa y Asia".¹² La improvisación y la ausencia de una mínima cautela experimentadas por la Cancillería trasandina en el transcurso de las intensas negociaciones diplomáticas durante los meses de abril y mayo fueron cercenando sus posibilidades reales de éxito, malogradas de antemano por el escaso margen de tiempo con el que inicialmente contaron.

El gobierno y la cancillería argentinos no cotejaron con la debida antelación la actitud que frente a una situación de hecho como la producida por la ocupación militar del archipiélago, adoptarían las principales potencias. El mismo Moneta señala enfáticamente que "la Unión Soviética tiene en su poder las islas Kuriles, sobre las cuales Japón reclama soberanía; China Popular mantiene por su parte una disputa por la soberanía de Formosa, isla en poder del Gobierno de China Nacionalista. A estos casos deben agregarse los numerosos archipiélagos, islas y atolones en poder de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra".¹³ A raíz de esta situación, en Francia —país que aún administra lejanas y dispersas posesiones de ultramar, restos de su antiguo imperio colonial— se inició un vasto debate público y periodístico respecto de la eventualidad de un "Falkland/Malvinas" francés. La actitud de franco apoyo de Francia hacia la Gran Bretaña durante el conflicto demuestra que la preocupación al respecto existe. Del mismo modo, para Gran Bretaña era evidente que su reacción ante la ocupación argentina era un precedente que habría de tomarse en consideración frente a otros litigios tales como el que mantiene con España en Gibraltar y el que opone a Belice con Guatemala en América Central. La reciente tensión observada entre España y Gran Bretaña a raíz de la situación en Gibraltar comprueba que no obstante no estar a las puertas de un conflicto como el del año pasado en el Atlántico Sur, la probabilidad real de un empeoramiento y una eventual crisis en las relaciones hispano-británicas no son del todo descartables.

¹¹ Ibid. pág. 378.

¹² Ibid. pág. 378.

¹³ Ibid. pág. 379.

A la inversa de los innumerables escollos con que tropezó la diplomacia argentina, el Foreign Office británico hizo gala de un eficiente manejo de la situación logrando a su favor no sólo el apoyo de sus aliados permanentes en la OTAN, sino además la comprensión y simpatía de diversas naciones pertenecientes al Tercer Mundo. Para estos efectos se pudieron apreciar los vínculos de la Commonwealth, así como la influencia británica en algunos países africanos en virtud de acuerdos que comprenden asistencia técnica, ayuda económica, perfeccionamiento de recursos humanos, etc. En el caso del sistema interamericano, naciones caribeñas recientemente independizadas adoptaron una postura probritánica en la Reunión Extraordinaria de Cancilleres de la OEA, fenómeno que deberá ser tomado en cuenta si en algún momento la reestructuración del sistema interamericano pasa a ser una realidad. Finalmente, el condicionado pero amplio respaldo brindado por la Comunidad Económica Europea a la causa británica también se inserta en el manejo coherente y racional que hizo el Foreign Office de la crisis en los diversos planos organizacionales y políticos.

Al igual que Moneta, Freedman argumenta que también la diplomacia británica se vio urgida por la limitación del tiempo.¹⁴ En la medida en que Gran Bretaña no lograra obtener resultados auspiciosos para su postura en el corto plazo, el éxito del enfrentamiento militar que se avecinaba podría verse comprometido por dos razones: a) el desgaste material y psicológico en que incurre un cuerpo expedicionario enviado a más de 8.000 millas náuticas al sur de las islas británicas; b) el inmenso costo económico que implicaba la mantención —por un período indefinido— de una fuerza expedicionaria de esas proporciones, con el consiguiente descrédito político interno que ello acarrearía. Cuando el gobierno y la Cancillería del Reino Unido, paulatinamente primero y rápidamente después, se formaron una impresión negativa y dilatoria de su contraparte argentina, entonces procedieron a acelerar el proceso de recaptura de las Falkland/Malvinas como única vía de solucionar integralmente la crisis.¹⁵ A fines de abril, habiendo fracasado la gestión del Secretario de Estado norteamericano primero y la del Secretario General de las Naciones Unidas después, la situación se polariza nuevamente y para ese entonces la canalización del conflicto por la vía de las negociaciones diplomáticas se agota y sólo queda resolverlo por la vía del enfrentamiento armado.¹⁶

En esos mismos días, habiendo evaluado el gobierno y Cancillería trasandinas el virtual fracaso de su gestión en las negociaciones en las Naciones Unidas, se procede a solicitar la convocatoria a una Reunión

¹⁴ Freedman, L. op. cit. pág. 201.

¹⁵ Ibid. pág. 201.

¹⁶ Ibid. pág. 201.

Extraordinaria de Cancilleres Americanos de la OEA, en el marco del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR).

La convocatoria de la reunión extraordinaria de la OEA —invocando el TIAR— provocó un choque de posiciones que tuvo por efecto crear una crisis de confianza en el sistema interamericano, crisis acerca de la cual aún no se dice la última palabra. A juicio de Francisco Orrego,¹⁷ la crisis interamericana se ha venido evidenciando desde hace un tiempo y ella se remonta desde fines del siglo pasado e inicios del actual, período en el cual los choques de intereses y posiciones entre los Estados Unidos y gran parte de las naciones latinoamericanas han sido la tónica frecuente del sistema. La política hegemónica desarrollada por los Estados Unidos se enfrentó a los intereses de determinados países de América Latina, en especial a los del Cono Sur de la región. Asimismo, otro factor que continuamente enturbia la buena marcha de las relaciones interamericanas, es la presencia permanente de conflictos y rivalidades intralatinamericanos, fenómeno que ha contribuido a mermar la posibilidad de gastar “las perspectivas de una identificación regional latinoamericana”.¹⁸ Siguiendo el relato de Orrego, no obstante los esfuerzos norteamericanos por aproximarse al bloque latinoamericano en las décadas 60 y 70, lo concreto es que ello no ha impedido que el distanciamiento se haya ido profundizando. Es precisamente en este contexto en el cual irrumpe la crisis del Atlántico Sur, crisis que provoca otra de similares proyecciones en la estructura del sistema interamericano y que es la más grave por la cual se atraviesa desde el conflicto en Santo Domingo en 1965.

El trabajo de Orrego profundiza en la dicotomía cooperación-confrontación, fenómeno característico en la política latinoamericana. A juicio suyo, esta dicotomía se dinamiza a raíz del conflicto anglo-argentino en dos sentidos. Por un lado, la crisis provoca una inesperada reactivación en algunos organismos de cooperación intrarregional, más que todo como prolongación del apoyo que suscita la causa argentina en el ámbito regional. Por otro lado, se perfilan situaciones menos auspiciosas en las relaciones interamericanas. En primer lugar, se observa un nuevo rol que asumiría Brasil en el contexto regional, el cual se alejaría de su constante pasividad y pasaría a ser más activo en materia de cooperación económico-política y en materia de seguridad regional. Esto último involucraría una profunda revisión de su política de defensa y una nueva concepción del papel que asumiría Brasil estratégicamente en el Cono Sur latinoamericano. En segundo término, la crisis del Atlántico Sur ha implicado la irrupción de nuevas variables en las relaciones bilaterales chileno-argentinas, en momentos en que el litigio austral

¹⁷ Orrego, Francisco. “La crisis del Atlántico Sur y su influencia en el sistema regional”. *Estudios Internacionales*, N° 60 octubre-diciembre de 1982. pp. 473-498.

¹⁸ *Ibid.* pág. 474.

continúa sin solución. La guerra contra Gran Bretaña resucitó y acrecentó con fuerza las suspicacias argentinas hacia Chile, pese a declaraciones y afirmaciones oficiales en orden a certificar la absoluta neutralidad de este país en el conflicto. Del mismo modo, el anuncio de un plan bélico que no sólo incluía el archipiélago de las Falkland/Malvinas, sino además las islas australes en disputa, provocó en diversos medios chilenos una inquietud que aún permanece vigente. Sobre este punto Orrego sugiere la creación de un mecanismo jurídico-político que permita prevenir eventuales agresiones a la integridad territorial a fin de resguardar efectivamente el principio de la solución pacífica de las controversias.¹⁹ El autor no especifica qué tipo de mecanismos debieran implementarse, pero obviamente su afirmación es válida y pertinente, siempre que exista una voluntad política mutua en orden a diseñar ese marco de acción jurídico-político. Para que esto último tenga un asidero real, ello va a depender de la evolución política interna de Chile y Argentina, en la medida en que los probables readecuamientos externos sean una proyección de otros verificados internamente. Esto es particularmente cierto en el caso argentino, país que se prepara para profundos cambios políticos en los próximos meses.

Otro aspecto importante que se deriva del conflicto de las Falkland/Malvinas y que repercute en el plano político interno argentino es el futuro de su programa de desarrollo nuclear. Francisco Orrego señala la peligrosidad que encerraría un eventual desvío del actual programa nuclear argentino hacia fines militares, con la consiguiente alteración que se provocaría en el esquema político regional.²⁰ La absoluta impotencia de las unidades de superficie de la armada argentina por romper el bloqueo impuesto por los submarinos nucleares británicos incitó a los responsables del programa nuclear a afirmar que la utilización militar de la energía nuclear no era algo necesariamente descartable por parte de Argentina. Es importante resaltar que ese país cuenta con las instalaciones materiales y los recursos humanos y científico-tecnológicos para llevar a cabo ese objetivo, bastando al respecto sólo una decisión política. Tal cual lo enuncia Orrego, no obstante las "reiteradas declaraciones de que este programa sólo persigue fines pacíficos", la posibilidad de un uso bélico de éste no debe excluirse, "pues Argentina entiende que ello permite las explosiones nucleares pacíficas y, en todo caso, se ha negado a suscribir el Tratado de No Proliferación o el de Tlatelolco".²¹

La postura asumida por el gobierno de los Estados Unidos durante el conflicto afectó no sólo las relaciones de ese país con Argentina, sino además profundizó la crisis en la cual se encuentra inmerso el sis-

¹⁹ Ibid. pág. 489.

²⁰ Ibid. pág. 490.

²¹ Ibid. pág. 490.

tema político interamericano. Nuevamente este punto es analizado por Carlos J. Moneta y por Heraldo Muñoz.²² Para el primero, la crisis del Atlántico Sur ha significado un hito importante en un proceso de creciente pérdida de la influencia norteamericana respecto de América Latina. Según Moneta, espíricamente se ha comprobado que los países latinoamericanos han incrementado "gradualmente su capacidad de sostener posiciones opuestas a los intereses norteamericanos, aun ante la adopción de medidas punitivas por parte de la superpotencia".²³ Similar observación es formulada por Heraldo Muñoz, quien destaca que el conflicto anglo-argentino pone de manifiesto la vigencia de la solidaridad regional en América Latina, fenómeno que si bien el autor reconoce tuvo origen en un "sentimiento anticolonialista generalizado",²⁴ éste se extendió desde el voto mayoritario de la reunión extraordinaria de la OEA —el cual aprobó las pretensiones de soberanía argentina en las Falkland/Malvinas— hasta el voto de rechazo de organizaciones tales como el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), de la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI) y, particularmente, del Pacto Andino a las sanciones impuestas contra Argentina por los Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea.²⁵ A juicio de Muñoz, no obstante la reticencia de varios países de la región en aprobar el uso de la fuerza por parte de Argentina, mayor fue el rechazo que provocó el despliegue bélico británico y las sanciones unilaterales de la CEE y de los Estados Unidos.²⁶ El fenómeno que alude Heraldo Muñoz es importante ya que a pesar que se reconoce que el sentimiento de solidaridad regional experimentado durante la crisis anglo-argentina tuvo un origen de corte más bien emocional, éste no se tradujo en aspectos más tangibles por escasez de medios y, en cierto modo, porque la rendición argentina sobrevino antes de lo esperado. Francisco Orrego es menos enfático que los dos autores anteriores, por cuanto desde su perspectiva "si la solución al conflicto hubiera podido alcanzarse en forma rápida, la actitud equilibrada que inicialmente buscó el Departamento de Estado hubiese podido mantenerse".²⁷ Al igual que Freedman y Copley, Orrego argumenta que el escaso margen de tiempo no sólo aceleraba las presiones argentinas y británicas, sino además dejaba la labor mediadora de los Estados Unidos constreñida a muy pocas opciones. Esta labor, como toda gestión de buenos oficios, fue incomprendida tanto por Argentina como incluso por la Gran Bretaña. Al respecto, Francisco Orrego señala que "la necesidad de respaldar la vigencia del Derecho Internacional y de la solución pacífica de controversias, por una parte,

²² Muñoz, Heraldo. "Efectos y Lecciones del Conflicto de las Malvinas". *Estudios Internacionales* N° 60. oct.-dic. 1982. pp. 499-512.

²³ Moneta, Carlos J. op. cit. pág. 406.

²⁴ Muñoz, Heraldo. op. cit. pág. 505.

²⁵ Ibid pág. 505.

²⁶ Ibid pág. 505.

²⁷ Orrego, Francisco. op. cit. pág. 492.

y el deseo de no enemistarse con dos países cuya amistad valorizaba, por otra parte, explican en alguna medida la política oscilante que se siguió en este caso".²⁸

Una vez terminadas las hostilidades en el Atlántico Sur, el Secretario de Estado-Adjunto para Asuntos Interamericanos concurre a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos a fin de dar cuenta de las razones que indujeron al gobierno de ese país a apoyar a Gran Bretaña y concomitantemente a sancionar unilateralmente a la República Argentina. En un extenso documento presentado para esa ocasión, el gobierno norteamericano explica que su opción se vio presionada por los inesperados acontecimientos originados por la ocupación militar de las islas por tropas argentinas y la inmediata reacción británica en orden a recuperar el archipiélago por la vía de la fuerza. En esa perspectiva, el rol norteamericano consistió en impedir que la crisis se extendiera hasta el punto de hacer peligrar la paz y la estabilidad hemisférica y mundial. "Muchos de nosotros temimos, tan pronto como la Argentina actuó el 2 de abril, que la guerra se intensificaría. Es verdad, la Argentina no produjo bajas cuando tomó posesión de las islas. Pero esto disminuyó poco la conmoción. Todo uso de fuerza invita al uso adicional de fuerza".²⁹ A juicio del Departamento de Estado, la potencialidad conflictiva interregional en América Latina es de tal envergadura que cualquiera alteración en el delicado sistema de equilibrio del poder regional puede desencadenar una crisis de incalculables proyecciones: "El hemisferio está entrecruzado por signos de interrogación territoriales. La frecuencia de las tensiones territoriales (por ejemplo, entre Argentina-Chile-Perú-Bolivia-Ecuador, Colombia-Venezuela-Guyana, Nicaragua-Colombia, Guatemala-Belice) dan mayor importancia a la solución pacífica de las controversias".³⁰ Otro factor que empujó al gobierno norteamericano a sancionar a Argentina y a apoyar a Gran Bretaña fue la actitud que ambos países adoptaron ante la proposición de solución que ofreció el Secretario de Estado a mediados de abril para superar la crisis. El gobierno británico —con serias reservas— accedió a estudiar la proposición, en tanto que el Argentino la desestimó de inmediato por cuanto no explicitaba la exigencia de un reconocimiento previo de su soberanía en las islas. Al respecto el informe es particularmente enfático: "El 30 de abril, habida cuenta de que la Argentina seguía mostrándose renuente a llegar a un avenimiento, tomamos medidas concretas para subrayar que los Estados Unidos no podían excusar, y no excusarían, el uso ilegal de la fuerza para la resolución de controversias".³¹ El informe del

²⁸ Ibid. pág. 492.

²⁹ Departamento de Estado de los Estados Unidos, *La Crisis del Atlántico Sur: Antecedentes, Consecuencias, Documentación*. Declaraciones del Secretario de Estado-Adjunto para Asuntos Interamericanos ante la Subcomisión a Asuntos Interamericanos de la Cámara de Representantes. 5 de agosto de 1982, pág. 4.

³⁰ Ibid. pág. 4.

³¹ Ibid. pág. 3.

Departamento de Estado reconoce que la influencia norteamericana en el hemisferio ha disminuido y sobre lo mismo realiza un diagnóstico en el cual enfatiza que "lo que la crisis puede significar en última instancia para los Estados Unidos no es que nuestras decisiones fueran equivocadas —fueron acertadas— sino que la acumulación de nuestras decisiones pasadas revela una falla en nuestro punto de vista. Hemos seguido un enfoque a la carte, desconociendo a nuestros amigos cuando así nos placía, pero pidiendo su anuencia o su ayuda cuando así convenía a nuestros intereses. Hemos dado por sentado demasiado e invertido muy poco. Cuando necesitábamos tener un diálogo estrecho y eficaz, el 2 de abril no lo tuvimos".³²

El conflicto del Atlántico Sur provocó una profunda crisis de identidad y estructura en el sistema político interamericano, situación que sin duda permanecerá así durante un buen tiempo. Sin pretender establecer estrictos parámetros predictivos respecto del futuro del sistema interamericano, éste va a depender de la flexibilidad con que se adapte a las nuevas exigencias y presiones que ya se perciben. Las dos últimas décadas han demostrado que su rígido marco normativo es insuficiente ante las demandas de un sistema político como el latinoamericano, caracterizado por su gran dinamismo. Si el sistema normativo impide absorber crisis como la acaecida entre abril y junio del año pasado, es obvio que la legitimidad del mismo va a seguir siendo puesta en tela de juicio permanente.

³² Ibid. pág. 6.